

habia venido á espialarla hasta en su mismo lecho. De suerte que no se supo nada de Mortimer hasta que se hizo pública la sentencia de su muerte, y se le vió aparecer en el cadalso, donde el verdugo le abrió el pecho para sacarle el corazon, y lo echó en una canasta, dejando el cuerpo en el patíbulo, donde dos dias y dos noches quedó expuesto al público y á las injurias del populacho, hasta que el rey, perdonando en fin al cadáver, permitió á los hermanos de la caridad de Inglaterra llevasen el cuerpo al panteon. »

— ¡ Ah! señora, ¡ eso es horroroso! exclamó Alicia.

— Ved ahí la horrible escena que sucedió á esta misma hora en este sitio, hace siete años. ¿ No tenia yo razon en decir que fué un horrible acontecimiento?

— ¡ Y tan terrible, señora! es una de aquellas aventuras que parecen grabarse en nuestra memoria con la misma sangre que en ellas se derrama.

Las dos damas se miraron una á otra; querian cada cual de ellas encontrar en sus ojos mas ánimo y mas valor; pero esta ojeada fué rápida y solo sirvió para hacer traicion á su pavor interno.

Mudas y silenciosas, pasaron así algunos momentos, contemplando y meditando en aquellos recuerdos terribles que acababan de evocar.

XVIII

DOS VOTOS YA CUMPLIDOS

Empero aquel silencio no podia durar mucho tiempo, y Alicia, por mas débil y miedosa que fuera, aun queria explanar mas aquella aventura y enterarse mejor de todas las circunstancias.

Así es que, despues de haber movido su viva cabeza á uno y otro lado y despues de haber con sus radiantes miradas sondeado aquella semioscuridad, exclamó mirando á la reina :

— Mas ese subterráneo... ese escotillon...

— Una sola vez he hablado de eso al rey, y me ha respondido que el subterráneo está cerrado y que no se ha vuelto á abrir mas.

— ¿ Y, os atreveis, señora, á estar en esta cámara? dijo Alicia.

— ¿ Y qué tengo yo que temer, no teniendo nada que reprocharme? dijo la reina aparentando mas tranquilidad en el corazon para disimular el terror

que ella sentia á pesar suyo. Por otra parte esta cámara, como vos habeis dicho, guarda un doble recuerdo, y el primero me es tan querido, que sobrepaja al segundo, por muy terrible que sea.

— ¿Qué ruido es ese? exclamó Alicia asiéndose del brazo de la reina, pues el temor le hizo perder hasta el respeto.

— Los pasos van aproximándose, y pronto lo sabremos. Vamos, tranquilizaos, niña.

— ¡Se abre la puerta! murmuró Alicia.

— ¿Quién es? dijo la reina volviéndose al lado de donde venia el ruido, aunque no pudiendo descubrir en la oscuridad la persona que le causaba.

— Tengo el honor de prevenir á vuestra alteza, exclamó la voz del jóven gobernador, que todo está seguro en el castillo de Nottingham, y que puede reposar sin temor alguno.

— ¡Ah!

El jóven que no se esperaba esta invitacion tácita, hecha con una voz demudada y en la cual se advertia la emocion, permaneció al principio mudo; mas despues, lanzándose hácia Alicia, exclamó:

— ¿Qué hay, señora? ¿Qué teneis, ó qué deseais de mí?

— Nada, Guillermo, respondió Alicia con un acento en el cual habia aun algunos vestigios del miedo pasado; nada. La reina es la que desea saber si vos no habeis encontrado nada de nuevo en vuestra ronda nocturna.

— ¿Y qué quereis vos, señora, que yo encuentre de nuevo? respondió suspirando Guillermo; la reina está entre sus fieles amigos, y lo mismo vos, señora;

y yo no soy bastante dichoso en poder exponer mi vida por salvar la de vosotras.

— ¿Creeis vos que nosotras tenemos necesidad del sacrificio de vuestra vida para creer en la verdad de vuestra adhesion, M. Guillermo? dijo la reina sonriéndose, ¿y que es menester un acontecimiento arriesgado para que reconozcamos el esmero y cuidado con que vos nos defenderiais?

— No, señora, interrumpió Guillermo; mas, si dichoso y envanecido estoy en estar á vuestro lado, no soy menos vergonzoso algunas veces en el fondo de mi corazon, por ser poco para mí el solo velar por vuestra seguridad, que no corre riesgo ninguno; cuando el rey y tantos caballeros favorecidos corren á ganar renombre y á volver dignos de las personas que los aman: mientras que yo, á quien se trata como á un niño, y que no obstante me siento con el mismo valor de un hombre, aunque soy bastante desgraciado para amar... es verdad que yo debia ocultar en lo mas profundo de mi alma este amor que me atormenta, y...

— ¡Está bien! tranquilizaos, Guillermo, dijo la reina, mientras que Alicia, á quien no se le habia escapado la pasion del jóven doncel, guardaba el mas profundo silencio; si nosotras tardamos aun siquiera un dia en recibir noticias de ultramar, os enviaremos á buscarlas, y no os pesará, antes de volver, el tomar parte en alguna de las bellas escaramuzas para vos y otros valientes tan agradables, las que nos contaréis á vuestra vuelta.

— ¡Oh! ¡señora, señora! exclamó Guillermo casi fuera de sí por la alegría que no cabia en su corazon, si yo fuera tan dichoso que obtuviera tal favor

de vuestra alteza, despues de Dios y sus ángeles seriais lo que hubiera de mas sagrado para mí sobre la tierra.

Guillermo de Montaignu acababa apenas de pronunciar estas últimas palabras con aquel acento de entusiasmo que es comun en la juventud, cuando el *quién vive* del centinela, puesto fuera de la puerta del castillo, pronunciado en alta voz, se oyó perfectamente en la cámara de las dos damas, y les anunció que algun extranjero se aproximaba á la puerta exterior.

— ¿Qué es? ¿oísteis? dijo la reina.

— No lo sé, mas voy á informarme, señora, respondió Guillermo, y si vuestra alteza lo permite, volveré al instante á darle cuenta de lo que fuere.

— Id, dijo la reina; os esperamos.

Guillermo obedeció, y las dos jóvenes cayeron de nuevo en su meditacion, de la cual las habia sacado el martillo del reloj al dar las nueve; permanecieron en silencio, renudando el hilo de sus pensamientos, interrumpido por la historia de la horrible catástrofe que habia contado la reina á Alicia, pero la cual en presencia de Guillermo, y la conversacion que le siguió, habia sido, si no olvidada, al menos se habian alejado las tristes impresiones.

Resulta, que como enteramente no pensaban mas que en el *quién vive*, que en su imaginacion les anunciaba un acontecimiento de alguna importancia, ni aun oyeron que Guillermo entraba de nuevo: este se aproximó á la reina, y viendo que no le interrogaban dijo:

— Soy el colmo de la desdicha, señora; y nada de lo que espero se me logrará jamás sin duda alguna, pues las nuevas que yo debia ir á buscar, acaban de

llegar ahora mismo. Decididamente no soy bueno mas que para guardar las viejas torres de este antiguo castillo, y es menester que me resigne con mi perversa suerte.

— ¿Qué decís, Guillermo? exclamó la reina; ¿qué tenemos de nuevo? ¿es algo del ejército?

En cuanto á Alicia, no dijo nada; mas miró á Guillermo con un aire tan suplicante, que este se volvió hácia ella y le respondió aun primero que á la reina, por lo interrogador y ferviente que le pareció este silencio.

Son dos caballeros que acaban de llegar, y que dicen ser mensajeros de una noticia para vos de parte del rey Eduardo. ¿Deben ser introducidos ante vos, señora?

— Al instante mismo, exclamó la reina.

— ¿A pesar de lo avanzado de la hora? dijo Guillermo.

— A toda hora del dia ó de la noche, el que llegue enviado por mi señor y dueño, es bien venido,

— Y doblemente bien venido, yo lo espero, dijo desde la puerta una voz jóven y sonora; ¿no es así, bella tia? cuando el enviado se llama Gualtero de Mauny, y cuando trae nuevas muy agradables.

La reina dió un grito de gozo, y se levantó tendiendo la mano al caballero, el que con la cabeza descubierta y sin casco, pues lo habia dado al entrar á su paje ó escudero, se adelantó con firme paso hácia las dos damas.

En cuanto á su compañero, permaneció con su casco y su visera calada. La reina estaba tan demudada de gozo, que ni sintió que el mensajero de la dicha se arrodilló ante ella, y que sus labios impri-

miéronse en su mano, sin atreverse siquiera á hacerle una sola pregunta.

En cuanto á Alicia, se habia apoderado de ella un gran temblor.

Guillermo, adivinando lo que pasaba en su corazon se habia apoyado contra la pared, sintiendo sus rodillas vacilar, y ocultando la palidez de su rostro entre las sombras, y mirando con ardiente mirada á la bella Alicia.

— ¿Y vos venis de parte de mi señor? dijo por fin la reina; decidme, ¿qué es de él?

— Os espera, señora, y me ha encargado os conduzca á su lado.

— ¿Decís verdad? exclamó la reina; ¿ha entrado ya en Francia?

— Aun no, bella tia, mas nosotros sí; pues hemos escogido para palacio y permanencia de vuestro hijo el castillo de Thun; es decir, un verdadero nido de águila, un asilo como conviene á un heredero real.

— Explicaos, Gualtero, pues yo hasta ahora no he comprendido nada de lo que quereis decirme, y temo que lo que era una dichosa realidad, sea despues de todo un sueño. Mas, ¿porqué ese caballero que os acompaña no se quita su casco y se aproxima á nosotras? ¿temerá él, portador como vos de semejantes nuevas, ser mal recibido de mi real persona?

— Este caballero, bella tia, ha hecho una promesa como vos, como madama Alicia, que no dice palabra y que tampoco me mira. Vamos, alegraos, continuó dirigiéndose á esta última; está vivo, vive para vos, aunque no ve todavía mas que con un ojo.

— Gracias, dijo Alicia, olvidando un poco los pe-

sares que oprimian su corazon, gracias. Ahora decidnos ¿dónde está el rey, donde está su ejército?

— Sí, sí, decidlo, Gualtero, repitió vivamente la reina; la última noticia que hemos recibido suya de Flandes, ha sido la de los embajadores de guerra enviados al rey Felipe de Valois. ¿Qué ha pasado despues?

— ¡Oh! despues han pasado grandes é importantes cosas, respondió Gualtero, solamente, que como á pesar de la embajada y la palabra dada, los señores del imperio tardaban en llegar al sitio donde debian reunirse á nosotros, y que cada dia que pasaba veíamos pintarse en el rostro del rey una palidez mortal, nos vino á la idea, á Salisbury y á mí, de que aquella tristeza que cada dia se aumentaba mas, era por el recuerdo de la promesa que vos habiais hecho, y que á pesar de su impaciencia, no podia ayudaros á cumplirla. Entonces, sin decir nada á nadie, tomamos un refuerzo de cuarenta lanzas, de buenos compañeros, seguros y atrevidos, y partiendo de Brabante y cabalgando noche y dia, atravesamos el Hainaut, pegamos fuego á Mortagne, y dejando atrás el condado, pasamos el Esquelda, y vimos reflejar los rayos del sol en las torres de la abadía de San Diego; en fin, llegamos á un fuerte y lindo castillo que pertenece á la Francia, y que se llama Thun-L'èveque; dimos una vuelta á su alrededor para examinarlo todo, y habiendo reconocido que este era justamente el que necesitábamos, bella tia, pusimos nuestros caballos al galope, y Salisbury y yo á la cabeza de nuestra decidida tropa entramos en el patio, donde nos hallamos con la guarnición que, reconociéndonos por lo que éramos, se defendieron

algo para no tener que rendirse sin haber antes dado algunos botes de lanza y recibido algunas heridas.

» En el instante visitamos el interior de la fortaleza, para ver si habia allí alguna otra cosa que disponer para que todo estuviera digno de la persona que iba á visitarla.

» El gobernador hacía muy pocos dias lo habia hecho amueblar de nuevo con la mayor elegancia, de suerte que con la ayuda de Dios, iréis allí y daréis á luz un heredero á nuestro dueño y señor Eduardo, lo mismo que si estuviéscis en vuestro castillo de Westminster, ó de Greenwich. Así es que al instante pusimos una buena guarnición, que hemos dejado al mando de mi hermano, y volvimos prontamente á ver al rey, diciéndole en el estado en que estaban las cosas, para que completamente se tranquilizara. »

— ¿Así pues, murmuró timidamente Alicia, el conde de Salisbury ha cumplido fielmente su juramento ?

— Si, señora, dijo á su vez el otro caballero aproximándose á ella, quitándose su casco y doblando al mismo tiempo una rodilla; ahora decidme, ¿seguis con ánimo de cumplir el vuestro ?

Alicia dió un grito.

Este segundo caballero era Pedro de Salisbury, que tenia la mitad de la frente cubierta por la banda que le habia dado la bella Alicia, que no se habia quitado desde el dia de su juramento, y así lo atestiguaban algunas gotas de sangre con que estaba salpicada de una ligera herida que habia recibido en la cabeza.

.

Quince dias despues la reina desembarcaba en las costas de Francia, acompañada de Gualtero de Mauny, y Pedro de Salisbury recibia en su castillo de Wark la mano de la bella Alicia de Grafton.

Estos fueron los dos primeros votos que se cumplieron de tantos como se habian hecho sobre la garza real.

No obstante, como ya hemos dicho, á pesar del entusiasmo con que todos habian tomado aquella guerra, los señores del imperio se hacian esperar grandemente; mas Eduardo, gracias á la feliz idea de Gualtero de Mauny, se habia revestido de una paciencia inalterable; habia pues hecho conducir, con una segura guardia, á la reina al castillo de Thun-l'Evêque, donde iba, segun su juramento, á parir en tierra de Francia, y donde dió á la luz un hijo, á quien pusieron por nombre Juan, duque de Lancastre.

Despues de haber cumplido su promesa, la reina habia vuelto á Gante, donde habitaba en el castillo del conde, situado en el camino de Vendredi.

Todos estos acontecimientos dejaban á Felipe de Valois el tiempo suficiente para prevenirse á recibir una guerra como la que le preparaba Eduardo, que

era con la rapidez y el silencio de una invasion imprevista. Mas el estado de la Francia no era como el de uno de esos reinos que pueden ser conquistados en una noche, y despertarse una mañana habiendo mudado de dueño y de bandera.

Apenas Felipe oyó al embajador declarar la guerra en nombre de los señores del imperio, cuando sin pérdida de tiempo empezó á formar un ejército numeroso en Francia, abrió las negociaciones en Escocia, y envió grandes guarniciones al pais de Cambresis, donde, por la intriga de Gualtero y del conde de Salisbury, le indicaban que serian los primeros asaltos.

Al mismo tiempo hizo sitiar el condado de Ponthien, que el rey Eduardo tenia para residencia de su madre, y envió embajadores á los diferentes señores del imperio, y entre otros al conde de Hainaut, su cuñado que acababa de heredar el condado de su nombre.

Guillermo, su padre, habia muerto por un furioso ataque de gota, en el cual ya lo hemos visto cuando, recibió á los embajadores de Eduardo.

Al duque de Lorena, al conde de Bar, al obispo de Metz y á monseñor Adolfo de la Mark, á fin de que ellos entrasen en la liga que se hacia contra la Francia.

Estos cuatro últimos respondieron, que ellos habian ya rehusado al rey Eduardo los socorros que él les pedia. En cuanto al conde de Hainaut, respondió directamente y por cartas que, como él dependia á la vez del imperio de Alemania y del reino de Francia, en tanto que Eduardo combatiera en las tierras del emperador, como vicario del imperio, seria su aliado;

pero que una vez entrado en Francia, se aliara con el rey Felipe de Valois, y le ayudaria á defender su reino, pronto como estaba á sostener así á sus dos señores.

En fin, hizo prevenir á Hugo Quieret, á Nicolás Behuchet y Barbevaire, omandantes de sus flotas, que la guerra se habia declarado entre Francia é Inglaterra; y que en consecuencia, él les daba licencia para atacar á sus enemigos, y hacerles todo el mal que pudieran.

Los ardidos piratas no tuvieron necesidad de que se lo repitieran dos veces; se dirigieron hácia las costas de Inglaterra, y un domingo por la mañana, mientras que todos los habitantes estaban en la misa, entraron en la bahia de Southampton, saltaron en tierra tomaron y saquearon la ciudad, forzaron á vista de sus padres y esposos á las hijas y sus madres, cargaron sus bajeles del precioso botin, se volvieron á bordo, y aprovechando el primer flujo de la mar, se alejaron como las aves de rapiña, despues de haber clavado sus picos y quedado bien repletos de su inmundo encarnizamiento, y llevando en sus bodegas las riquezas de todos los que habian deshonrado

Por su parte Eduardo habia partido de Malines con todo su ejército, y llegado á Bruselas, donde vivia el duque de Brabante, á fin de saber de él mismo hasta qué punto podia contar con las promesas que le habia hecho. Allí encontró á Roberto de Artois, que siempre infatigable en su proyecto de guerra, llegaba de Haisaut.

Por esta parte las nuevas eran favorables: el jó-

ven conde, intimado por su tio Juan de Beaumont, estaba pronto á entrar en campaña.

En cuanto al duque de Brabante, parecia siempre estar en las mismas disposiciones; y como Eduardo le dijo que su intencion era la de ir á poner sitio á Cambray, el duque le contestó que allí iria á reunirse con mil doscientas lanzas y ocho mil hombres de todas armas.

Esta promesa bastó á Eduardo, que teniendo fijas nuevas de que los señores del imperio estaban muy prontos á llegar, no taró en ponerse en camino, y fué á pasar la noche á la ciudad de Nivelles, y á la noche siguiente llegó á Mons, donde encontró al jóven conde Guillermo, su hermano político, y á M. Juan de Beaumont su mariscal, que estaba obligado por su voto á acompañar al ejército hasta las tierras de Francia.

Eduardo se quedó dos dias en Mons, donde él y su séquito que se componia de veinte grandes barones de Inglaterra, fueron á porfia festejados por los condes y caballeros del país. Durante aquellos dos dias, todas sus tropas se alistaban para reunirse, de suerte que se halló á la cabeza de un pederoso ejército, y marchó hácia Valenciennes, donde entró con doce solamente, dejando su ejército á los alrededores de la ciudad, yendo precedido por el conde de Amon, par M. Juan de Beaumont, sir de Enghien, sir de Verchin y otros varios señores, hasta llegar á las puertas.

En cuanto al conde de Hainaut, lo esperaba en las altas torres del palacio, rodeado de toda su corte.

Llegado Eduardo á la gran plaza, se paró ante la fachada del castillo: entonces el obispo de Lincoln, con

voz alta y firme, pronunció las siguientes palabras:

— Guillermo de Auxonne, obispo de Cambray, os amonesto como procurador que soy del rey de Inglaterra y vicario del emperador de Roma, á que nos abrais la ciudad de Cambray; de otra manera desobedeceis al imperio y nos precisareis á entrar por fuerza.

Como nadie respondió á aquellas palabras, atendiendo á que el obispo estaba ausente, monseñor de Lincoln continuó diciendo:

— Conde Guillermo de Hainaut, en nombre del emperador de Roma, á quien vos acabais de servir, os amonestamos, nos el rey de Inglaterra, su vicario, ante la ciudad de Cambray, que va á sitiarnos si no os rendís con todas vuestras gentes.

El conde de Hainaut respondió:

— Voluntariamente haré lo que debo.

Y bajando al instante la gran escala, fué á tener el estribo del rey de Inglaterra, el cual puso el pié en tierra y entró, conducido por él, en la gran sala de audiencia, donde le tenía preparado un gran almuerzo.

Al día siguiente, el rey de Inglaterra partió para Haspre, donde permaneció dos días, yendo despues á esperar sus gentes de Inglaterra, hasta que sus aliados de Alemania se le reunieron allí; el joven conde de Hainaut y M. Juan de Beaumont, acompañados de una gran armada; despues el duque de Gueldres y sus gentes, el marqués de Juliers y su tropa, el margrave de Misnia y de Oriente, el conde de Mons, el conde de Sahn, sir de Fauquemont, M. de Arnoult de Blankenheim y otros varios caballeros y barones.

Entonces, viéndose todos juntos menos monseñor el duque de Brabante, que habia prometido venir á reunirseles ante Cambray, partieron y llegaron á alojarse cerca de la ciudad.

Al séptimo día, el duque de Brabante llegó con novecientas lanzas y una tropa de gente de todas armas, y se puso en marcha hácia la ribera de la orilla opuesta á la en que tenía su campamento el rey Eduardo, y colocó el suyo en una línea de modo que un campamento se tocara con el otro, y en seguida envió á declarar la guerra al rey Felipe de Valois.

Mientras se hacian estos preparativos ante la ciudad de Cambrai, los señores del imperio, impacientes por alcanzar mas renombre, corrian el país desde Avesne hasta Duai, y hallaron la entrada llena de fango; pues no habia tenido, ya hacia gran tiempo, guerra ninguna.

Despues todos cabalgando como M. Juan de Beaumont, M. Enrique de Flandes, sir de Fauquemont, sir de Beautersens y sir de Huk seguidos de quinientos valientes combatientes, poco mas ó menos, descubrieron la villa de Haincourt, en la fortaleza de la cual se habian refugiado con todos sus bienes é intereses las gentes del país, y determinaron conquistarla.

Aquella circunstancia, aparte del deseo de hacer alguna bella evolucion de armas, no era tan indiferente á los caballeros de aquella época, que mira-

ban el botin que robaban como una parte de la renta que Dios les habia dado.

Avanzaron pues á la ciudad, creyendo ciertamente que la sorprenderian; mas como ya las compañías bastante fuertes para dar el alarma, aunque demasiado débiles para tentar un golpe de mano, habian sido apercebidas por los habitantes de las cercanías, todos estaban sobre las armas.

Por otra parte, habia entonces en la ciudad un abad de gran talento y mejores puños, que, como el clero de aquella época, habia tomado la costumbre de manejar tan diestramente la lanza como la cruz, y con el mismo aire llevaba la coraza que la estola: aquel digno varon se puso á la cabeza de los preparativos de defensa, hizo poner en los afueras de la puerta de Haincourt una grande empalizada, dejando un hueco entre estas y la puerta; despues, haciendo subir una parte de su gente á las murallas y torreones, y despues de haberlos aprovisionado completamente de piedras y de toda la artillería que se usaba en aquellos tiempos, se puso á la cabeza de los mas valientes hombres de armas que tenia entre los suyos, entre la empalizada y la ciudad, dejando tras él la puerta abierta, para que en caso de retirada sus valientes soldados tuviesen un pronto y seguro asilo.

Despues de tomadas estas disposiciones, aguardó tranquilamente al enemigo, que no se dejó esperar mucho, y viendo que la ciudad estaba toda sobre las armas, avanzó con bastante precaucion, y sin ser notados por los que lo esperaban, y á veinte pasos de ellos poco mas ó menos, M. Juan de Beaumont, M. Enrique de Flandes, sir de Fauquemont y los demas caballeros, echaron pié á tierra, movimiento

que fué al instante imitado por sus gentes de armas bajando sus viseras, con espada en mano, avanzaron resueltamente contra la empalizada.

Cuando las gentes que estaban en las murallas vieron que el ataque estaba resuelto, hicieron caer sobre los sitiadores una lluvia tan numerosa de piedras, que á no ser por las fuertes y bien templadas armaduras que gastaban los caballeros en aquellos tiempos, hubiera bastado para que sin siquiera romper una lanza hubieran sido dipersados como el humo; mas viendo que las piedras en nada los dañaban, siguieron avanzando sin titubear un momento hasta que llegaron á las empalizadas: allí hicieron grandes esfuerzos por derribarlas, mas esto no era fácil; pues estaban duras y fuertemente clavadas en tierra; de suerte que como les faltaban máquinas para arrancarlas, fueron completamente inútiles todos sus esfuerzos.

Entonces fué necesario cambiar de táctica, y empezar otra nueva guerra. Los caballeros empezaron á pasar sus lanzas y espadas por las juntas de la empalizada, empezando á caer los pedazos que ellos arrancaban sobre los que estaban dentro, que respondieron de la misma manera, y con una defensa digna del ataque. El abad era el primero de todos, recibiendo y devolviendo los golpes que se dirigian á él, mientras que sus gentes, que estaban en las murallas, continuaban con la mayor serenidad, lanzando aquellas grandes piedras.

Llegó entonces el momento en que M. Enrique de Flandes y el abad de Haincourt cruzaron sus incansables y bien aceradas espadas, y como el primero era mas dichoso en manejarla que el segundo, y el se-

gundo mas fuerte de puño que el primero, el abad, viendo la desventaja que en aquella lucha llevaba, arrojó su espada, y agarrando con sus manos fuertemente la de su adversario por la hoja, sin siquiera tener puestos en ellas unos guantes por muy finos que fuesen, dejando caer una parte de su cuerpo sobre ella, fueron en vano los grandes esfuerzos que su antagonista hacia por arrancársela; así es que sufrió el deshonor de quedarse desarmado, y se vió obligado á seguirle: al principio pasó la hoja de la espada por entre la empalizada, despues el puño, despues el brazo del caballero, luego la espalda, y como ya por la abertura era imposible que lo restante del cuerpo pudiese entrar, se hallaba M. Enrique en gran peligro pues de ninguna manera podia defenderse, y mientras que el abad le tiraba de una mano, el caballero con la otra le daba fuertes golpes para ver si podia con su puñal echarle abajo la visera.

Por otra parte, los demas caballeros, viendo el peligro en que M. Enrique de Flandes se hallaba, fueron á él y tiraron de su cuerpo para evitarle una muerte segura. En fin, lograron salvarlo, y en lugar de dejar allí le vida, lo que vino á dejar fué la espada, que el abad recogió en señal de un gran triunfo, y que fué despues de aquella época conservada preciosamente en la sala del museo de Haincourt, donde cuarenta años despues los monjes la presentaron á Froissart, y le contaron todos los pormenores por los cuales habia caido en su poder aquel precioso recuerdo.

En cuanto á los sitiadores, habiendo conocido por este primer choque que todo lo que hicieran allí seria en vano, abandonaron aquella parte y partieron hacia Cambray donde hallaron al rey Eduardo, al

duque de Brabante y á los señores del imperio, que acababan de concluir sus trabajos de sitio y se preparaban para dar el asalto.

Los que acababan de llegar se pusieron al instante en batalla, pues querian vengar el ultraje que acababan de recibir, y especialmente M. Juan de Hainaut, por la muerte de un jóven caballero holandés, llamado Hermant á quien él amaba mucho, y que habia sido muerto en lo mas encarnizado de la batalla por su arrojo y valentia. Fué pues á reunirse con la compañía de sir de Fauquemont, de sir de Enghien y de M. Gualtero de Mauny, que debian asaltar la ciudad por la puerta de Roberto, mientras que el conde Guillermo, su cuñado, la debia asaltar por la puerta de San Quintin.

El conde de Hainaut, jóven, valeroso y sin otro deseo mas que el de entrar en batalla, dió la señal del principio del combate; mas no era el asunto para andarse en bromas, la ciudad que iban á asaltar estaba nuevamente fortificada, y en nada se parecia á la de Haincourt y además tenia una guarnicion de hombres decididos, valientes y provistos de una brillante artillería, segun se usaba en aquellos tiempos.

Así es, que á pesar de las maravillosas proezas que hicieron cada uno de su parte, M. Juan de Beaumont y Gualtero de Mauny fueron á reposar á su alojamiento casi difuntos y sin haber logrado siquiera conquistar un palmo de tierra á sus enemigos.

La misma noche supo Eduardo que su adversario, habiendo sabido su llegada ante Cambray, habia enviado á San Quintin á su condestable Raoul, conde de Eu y de Gignes, con una numerosa tropa para guar-

dar la ciudad y al mismo tiempo las fronteras. Entretanto los señores de Coucy y de Ham habian llegado á sus tierras, y como estas estaban en el camino de Francia, el pais situado entre San Quintin y Perona se guarneció por toda la caballeria francesa, siendo muy probable que el rey Felipe de Valois no tardara en venir en persona ante su sobrino.

En efecto, el rey Felipe de Valois recibió un heraldo del duque de Brabante, al cual le dió en el momento audiencia en su castillo de Compiègne, y esta vez como siempre, teniendo á su lado al viejo y leal caballero Leon de Crainhem. El cual, contando con la palabra de su señor, se habia sentado junto al rey con toda confianza; mas á las primeras palabras que pronunció el heraldo, conociendo que la mision era de rompimiento, se habia levantado de su sitio y querido retirarse.

Entonces Felipe, sin perder de vista al enviado de su primo, se habia agarrado del brazo de Leon de Crainheim, de suerte que él por respeto se habia quedado de pié en su sitio, sin otro remedio mas que tener que oír hasta la última palabra del desafio que su señor y dueño dirigia al rey.

Cuando el heraldo hubo concluido su relacion, Felipe de Valois, que lo habia escuchado con una sonrisa sardónica, volviéndose hácia el caballero, le dijo :

— ¡Y bien! M. Crainheim, ¿qué decís de esto?

— Digo, señor, respondió el anciano caballero, que yo habia garantizado la palabra de mi señor con mi vida, y que si él ha faltado á su palabra, yo no faltaré jamás á la mia.

Cinco días despues, en el momento en que el rey Felipe iba á partir para Perona, vinieron á darle la fatal nueva de que el caballero Leon de Crainheim, al cual le habia dado permiso para que fuese á reunirse con su dueño, habia perecido en la pasada noche.

Con efecto, el viejo caballero, no queriendo pasar la vergüenza de encontrarse cara á cara con su señor, que tan mal habia cumplido su palabra, permitió morir de hambre escribiéndole antes un billete con tan solo este renglon :

EL HONOR ANTE TODO.

XXI

LOS PLIEGOS DEL ASTROLOGO

No obstante, como el sitio de Cambray á pesar del valor y del esfuerzo de los sitiadores no aventajara nada, y como el rey de Inglaterra supiese que despues de haber mandado su embajada á Perona, Felipe de Valois habia llegado á San Quintin, Eduardo III reunió un consejo de los mas sabios y leales caballeros, entre los cuales estaban el conde Roberto de Artois, M. Juan de Beaumont, el obispo de Lincoln, el conde de Salisbury, el marqués de Juliers y Gualtero de Mauny para discutir si seria mejor continuar el sitio de Cambray ó marchar á dar alcance á su adversario el rey Felipe.

La discusion duró poco; todos decidieron que la ciudad de Cambray era difícil de conquistar á causa de sus fuertes murallas y de hallarse defendida por unos guerreros tan valientes como leales; y que por consiguiente seria mejor dar la batalla en campo